

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 19 DE MARZO DE 1888→

NÚM. 325

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL BENJAMIN, cuadro de Jorge Meyer

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Cervantes militar, marino y diplomático*, por don Luis Carreras. — *Cuento de ultratumba*, por don Ricardo Revenga. — *Historia de los salones.* — *El coche*, por don Antonio de Valbuena. — *Noticias varias.* — *Los hemisferios de Magdeburgo*.

GRABADOS. — *El benjamín*, cuadro de Jorge Meyer. — *La Navidad en la sociedad antigua*, dibujo de Davidson Knowles. — *La defensa de Lugo*, cuadro de Modesto Brocos. — *Campesina napolitana*, dibujo de E. Balbono. — *Experimento de los hemisferios de Magdeburgo hecho con dos vasos.* — *Suplemento Artístico: Madona*, cuadro de Jorge Papperitz.

NUESTROS GRABADOS

EL BENJAMÍN, cuadro de Jorge Meyer

Es indudable que para reproducir acertadamente una pasión, un afecto, un sentimiento cualquiera, es necesario identificarse con él previamente. El carácter del artista ha de influir notoriamente en sus obras, y el cuadro de Meyer que publicamos puede considerarse como síntesis del temperamento de su autor. La familia y el taller han sido los únicos objetivos de nuestro artista; feliz al lado de su esposa y de sus hijos, estos seres han embellecido su existencia y él los ha embellecido en sus lienzos. Quien tiene la inmensa suerte de ser dichoso y sentirse tal, es muy difícil que tenga el mal corazón de causar a los demás impresiones desagradables. Por esto los asuntos de los cuadros de Meyer tratan siempre escenas tranquilas, dulces goces del hogar doméstico, plácidas ocurrencias de una vida que embellece el amor de familia. En esta clase de composiciones hay muy pocos artistas que le igualen. A ellas casi exclusivamente su repertorio, después de haber consagrado la primera parte de su carrera a pintar asuntos bíblicos, en los cuales se distinguió notablemente. Meyer es uno de los profesores más justamente reputados de la escuela de Berlín. Los amateurs norte-americanos, que poseen singulares condiciones para comprender la poesía sencilla, pero no menos sublime, de esta clase de cuadros, han hecho la fortuna de nuestro artista. Un lienzo de Meyer es una letra de miles de dólares pagadera a la vista en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos.

LA NAVIDAD EN LA SOCIEDAD ANTIGUA, dibujo de Davidson Knowles

La sublimé máxima: amaos unos a otros como hermanos, no la pronunció Jesús con referencia a tal ó cual época del año. El amor al prójimo es un precepto cristiano de todos los días y de todos los momentos. Ello, empero, no quita que la práctica de las virtudes evangélicas se haya relegado por algunos con preferencia a ciertas épocas ó festividades clásicas, la de Navidad por ejemplo.

En tan solemne día las distancias sociales parecen estrecharse y los verdaderos creyentes, por mucha que sea su jerarquía social, no pueden olvidar que el Hijo del Hombre vino al mundo en las más humildes condiciones. Ante esta consideración desaparecen transitoriamente las clases, y las tiernas hijas del pobre campesino son admitidas en los salones, donde las agasaja el mancebo que nunca, hasta este día, hubo reparado en ellas.

Tal es la bella costumbre reproducida con simpática ejecución en el grabado que publicamos.

LA DEFENSA DE LUGO, cuadro de M. Brocos

La antiquísima ciudad de Lugo ha sido en todas épocas grandemente castigada por la guerra. En el siglo V empiezan sus quebrantos, que no terminan hasta nuestros tiempos. En uno de los muchos asedios que sufrió, bien con ánimo de engañar a los sitiadores haciéndoles creer que tenían sobra de viveres, bien para demostrar hasta qué punto pensaban sus moradores extremar la resistencia, arrojaron al enemigo gran cantidad de vitallas desde lo alto del muro. De este hecho ha tomado pie el Sr. Brocos para el cuadro que publicamos y que figuró decorosamente en la última Exposición nacional de Bellas Artes.

Siempre es de aplaudir que los artistas midan sus fuerzas en el género histórico, y en este concepto no podemos participar poco ni mucho de la opinión de aquellos que aconsejan renunciar a su cultivo por las muchísimas dificultades que ofrece. El Sr. Brocos ha demostrado que podía vencer buena parte de ellas, y aun cuando más que el sitio de Lugo ha pintado uno de sus episodios, no pueden negarse a su obra condiciones de impresión que la hacen recomendable.

CAMPESINA NAPOLITANA, dibujo de E. Balbono

El valer y aun la idiosincrasia de un hombre de arte ó de un hombre de letras se revelan como el fuego. La más pequeña rendija es bastante para dar paso al humo, y donde el humo existe, existe el calor, existe el fuego. Un sencillo pensamiento escrito en un album, un diminuto cantar puesto en labios de un hijo del pueblo, un agudo epigrama inserto en la hoja literaria de un periódico, determinan a un autor. De la misma manera un dibujo apuntado en la cartera de un artista, revela a un genio.

Ahora bien, el apunte que de Balbono publicamos versa sobre un tipo centenares de veces repetido: la campesina napolitana es el modelo más prodigioso, ya no entre los maestros del arte, sino entre los más vulgares aspirantes al título de pintores. Y, sin embargo, ¿en qué consiste que, a pesar de la escasez de recursos empleados, raras copias de ese original producen el efecto del dibujo de Balbono? Muy sencillo: consiste en que el artista ha sorprendido la verdad y la ha reproducido sin violencia alguna; consiste en que, sin cuidarse afectadamente del natural, ha producido una bella nota de naturalismo; consiste en que esa mujer vive, respira, observa; consiste en que es un modelo que no trasciende al modelo; en una palabra, consiste en que por la pequeña rendija de un apunte, se escapael humo de un genio.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MADONA, cuadro de Jorge Papperitz

No es el misticismo en nuestros días la fuente casi única de la inspiración artística. La generalización del gusto estético y la distribución más racional de los bienes de fortuna, han abierto nuevos horizontes a la pintura. Ello, empero, los asuntos religiosos continuarán siendo tratados y a ellos se dedicarán con cariño, aparte los necios que lo invaden todo para profanar cuanto tocan, los artistas de verdadero aliento capaces de elevarse a la altura de un asunto lleno de dificultades.

No puede negarse que Papperitz posee ese aliento, como tampoco se ocultará a las personas entendidas en la materia que antes de ejecutar la *Madona* que publicamos, ha hecho especiales estudios de ejemplares clásicos. Esa *Virgen* tiende a Rafael y aun más tiende al gran maestro ese niño Jesús, en el cual se trasluce algo y aun mucho

del Jesús de la célebre *Madona de la Silla*. Pero si de un lienzo que representa a la Madre divina y al divino Hijo, decimos que nos recuerda las obras maestras del inmortal pintor de Urbino, ¿no hacemos el mayor elogio que es dable hacer de un cuadro? Decir de un astro que en él resplandece visiblemente siquiera un átomo de la luz del sol, es dar importancia no poca a ese astro en la inmensidad del mundo sideral.

CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO (I)

I.

.....Ante todo importa saber qué clase de hombre era Cervantes como militar, quiero decir, qué cualidades tenía en dicho concepto. El sitio que ocupó en la batalla de Lepanto revela que su capitán le reconocía serenidad, ímpetu vertiginoso y firmeza incontrastable; y el premio que al día siguiente le dió D. Juan de Austria demuestra que en los terribles abordajes que los esquifes de la *Capitana de Alejandría*, dieron por los flancos a la *Marquesa*, Cervantes se portó como un entendido y heroico jefe de pelotón. Los que conozcan la figura del joven que muchos años después colocó Pacheco en el cuadro de Sevilla, verán sin duda cuánto corresponde la cara a aquellas cualidades de serenidad, ímpetu y firmeza que nosotros deducimos de los sucesos mencionados. Pero todavía existe otro dato no menos digno de aprecio, como es el retrato militar que Cervantes hizo de sí mismo en *El Gallardo Español*, comedia donde se representa con todos aquellos rasgos, en la figura de D. Fernando de Saavedra.

Era, pues, Miguel en la guerra un soldado arrojado, astuto, observador y disciplinado; pero el sentimiento caballeresco, que aun corría entre los militares de aquella época, le llevaba a romper cautelosamente la disciplina, siempre que se veía comprometido en un caso de pundonor. «De mi zelo ya se sabe, dice en dicha obra, que suelo acudir a lo que es honra.» Si falta el comentario se hallará en este drama, donde se le ve de día obedecer al gobernador de Orán, que le prohíbe salir a batirse con el moro que le provoca; preparar á escondidas su salida por la noche, y verificarla del modo más arrojado, temerario é indisciplinado.

En esta misma obra hay un rasgo de Saavedra, ó sea de Cervantes, que no sólo confirma las grandes dotes militares que he dicho, sino que nos da idea del extremo sorprendente á que llevaba la serenidad en el peligro, y de la prodigiosa astucia de que estaba provisto. Los ojos, algo entornados y burlones de las figuras que Pacheco y Jáuregui nos han dejado de él, revelan cuánta razón tenían los que, según aquel drama, le llamaban *discípulo de Ulises*. Sorprendido en *El Gallardo Español* por un escuadrón de jinetes mahometanos, que le cogen solo, ve imposible toda lucha contingente con ellos, comprende que únicamente la astucia le puede salvar, se domina con la rapidez del rayo, y adelantándose hacia el escuadrón con el rostro tranquilo, la sonrisa en los labios, y la alegría en la vista, los saluda del modo más afable, les dice que ha desertado de Orán para guerrear con ellos, les da un nombre supuesto, y los engaña completamente. El rasgo es magistral, porque aunque no hubiese sucedido al pie de la letra, Cervantes se había observado bastante para saber que era capaz de hacerlo, y que tenía antecedentes conocidos de sus generales y camaradas para justificarlo. Si alguno lo duda, repase el prólogo de la primera parte del *Quijote*, donde un amigo le dice: «Sois discreto, sois prudente, y siempre os he visto romper y atropellar por las dificultades que habéis encontrado.»

Parece también que fué gran tirador de arcabuz, pues en aquel drama los moros atribuyen á sus mortíferos disparos muchas de sus hazañas personales. Sin embargo, el terrible ímpetu y golpe de vista con que defiende el aduar asaltado, y después los fosos de Orán, demuestran que al arma blanca era un verdadero rayo. Así lo confirma también el sitio que le hizo ocupar en Lepanto su experimental y heroico capitán; y D. Luis Vargas Manrique parece ratificarlo en aquellos versos de la *Galatea* donde dice: «Marte os dió el fuerte vigor que el brazo os mueve.»

Cervantes era por lo tanto un soldado cumplido, un soldado indomable, un soldado altanero y arrojadísimo, que fuera de los casos especiales del pundonor caballeresco, medía su conducta según los obstáculos, doblegándose sin romperse, ni dejar un solo momento de buscar la pérdida del adversario cuando era imposible sobreponer la violencia del ataque á la fuerza de la resistencia, ó vice-versa; y apartándose tan sólo de esta regla para seguir la contraria, si no había otra alternativa, ni recurso. Así lo demuestran los hechos y noticias autobiográficas.

Sin embargo, es indudable que tratándose de un hombre de tanto mérito, estos datos de su conducta personal distan mucho de darnos idea de lo que valía y sabía como militar, y que para alcanzarla, es necesario completar esa especie de retrato físico con su retrato moral, ó si se quiere de otro modo, que añadamos á aquel bosquejo de

(I) El interés con que fueron leídos el año pasado los artículos sobre la primera educación de Cervantes nos ha movido á publicar ahora estotros relativos á circunstancias no menos importantes de la vida de nuestro primer escritor. También este trabajo forma parte de la obra inédita *Historia de Cervantes*, que nuestro colaborador tiene escrita. Pero así como en aquel extracto anterior nos vimos obligados á suprimir muchas pruebas á causa de la extensión que daban á los artículos, esta vez podemos dar á luz todo el trabajo íntegro. — N. de la R.

lo que hacía, un bosquejo de lo que pensaba en las mismas materias. El concepto que nuestro héroe tenía de la guerra y del arte militar era amplio y detallado, y no lo debía tan sólo á la práctica y observación, sino también al estudio y á las grandes lecturas de autores militares, antiguos y modernos de que los precediera y acompañara. Aquellos de nuestros lectores que sean peritos en la materia, y que hasta ahora hayan dudado de nuestras afirmaciones sobre los profundos estudios militares del joven, van ahora á convencerse de que nada establecemos en esta historia que no tenga firmísimo apoyo.

Cervantes había visto al soldado en el campamento y la guarnición, y en la batalla y la marcha; y no sólo le había examinado de pies á cabeza con toda la atención de que era capaz, haciéndose cargo de los caracteres, de las diferencias sociales, de los temperamentos, debilidades y excesos, sino que remontando con la lectura á los siglos pasados, había buscado por decirlo así la filosofía de estas variedades, ó sea la relación en que estaban con la vida y el objeto de los ejércitos, y la influencia que debían, ó podían llegar á tener en el resultado de las operaciones. Según se verá en los numerosos extractos que luego daré, nuestro hombre atribuía grande importancia en el arte militar á lo que podemos llamar naturaleza del soldado; con lo cual no hizo más que anticiparse á nuestro siglo donde se estudia este punto del modo más minucioso. En efecto, aunque no haya escrito ninguna monografía sobre lo que constituye un buen soldado, los vacíos que resultan de esto, no me impiden afirmar que pocos tratadistas ha habido que conociesen tan bien el asunto, y lo describiesen con tanta elevación de miras, y con más conocimiento práctico de todas sus dificultades.

Cervantes empezaba arrancando del pecho del soldado aquello que más le perjudica, y que más fácilmente puede arruinar á los ejércitos: el miedo. «Sepa el soldado, decía, que más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga.» Y atacándole hasta el miedo de las heridas, añadía: «Las heridas que el soldado muestra en el rostro y los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra y á desear la justa alabanza.» Lo cual completaba enseñando su mano izquierda y diciendo: «Si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en Lepanto con este detrimento, que sano ahora de mis heridas sin asistir á aquella facción. (*Quijote*.)» Así es que recomendaba á todo soldado que una vez se hallase en el peligro de una batalla, no vacilase en ser heroico, porque era el más seguro medio de salvar la piel. «El que en el palenque puesto, decía, teme á su contrario, yerra; y el que animoso cierra con él, está dispuesto para la victoria. (*Rufián dichoso*.)» Añadía también sobre este mismo asunto: «A los lances forzosos no hay sino oponerlos buen pecho. (*Laberinto de amor*.)» Pero opinaba al mismo tiempo que no debía abusarse del valor, sino dirigirlo. «Pensáis, exclamaba, que sólo aterra la muralla, el ariete de férrea punta, y que sólo ganan las batallas la multitud y buen armamento de los ejércitos?... El esfuerzo regido con cordura allana al suelo las más altas sierras, al paso que la ciega ferocidad del guerrero embravecido, vuelve áspero lo más fácil de vencer. Es locura pelear con un soldado furioso hasta el desatino. En este caso vale más encerrarlo, quitándole con el aislamiento la ocasión de alimentar su furia, y arrancándole las mismas raíces del brío. (*Numancia*.)»

No era el temor del riesgo lo que le movía á opinar así; movíale la misma filosofía del arte de la guerra, pues no cesaba de recomendar la valentía á los militares, como la virtud más necesaria y admirable de la profesión. «El que es buen soldado, les decía, pone su buena suerte en la valentía del ánimo. (*Numancia*.)» Lo cual recalca con esta sentencia: «Donde se halla el deseo de la fama, se estiman en nada las murallas y trincheras, saltando los combatientes á campo raso... El cobarde, añadía, está desnudo, aunque se vista de acero. (*Gallar. Esp.*)» Por este equilibrio de opiniones se ve que Cervantes entendía señalar á la prudencia y astucia del combatiente límites determinados, y casos escogidos, á fin de que no se confundiesen con el miedo. En efecto ponía mucho cuidado en acentuarlo bien, estableciendo que valía más perderse por temerario que por pusilánime, según dice en el *Quijote*.

También nos interesa el tino con que juzgaba á dos tipos muy comunes que había encontrado en los ejércitos: el de los supersticiosos que creen en vaticinios sobre su suerte en los combates, y el de los que quieren que todo lo militar sea austero, espartano y empedernido. Cervantes los detestaba á ambos, diciendo del primero: «El que anda tras los agujeros no será buen militar, pues el verdadero horóscopo del soldado es su brazo, y la verdadera influencia de las estrellas, su valor. (*Numancia*.)» Y sobre el segundo tipo alegaba: «El amor del soldado enamorado, lejos de sacarle de quicio, le inculca más seso y madurez, por ser conocido que el amor á nadie hizo cobarde. Bien es verdad, añadía, que en las porfías amorosas no ha de buscarse la razón; pero dígame lo que quiera, el amor no va contra ella, aunque de ella se desvíe. (*Id.*)» Sin embargo, tenía buen cuidado de establecer una diferencia entre el soldado enamorado y el relajado, licencioso, ó siquiera relamido. «Advertid, decía, que mejor le está al soldado oler á pólvora que á algalia. (*Quij.*)» «El que busca en la guerra, proseguía, los primores de la galantería, no podrá sufrir el peso de la más ligera coraza. En blandas camas y entre juego y vino se halla mal el trabajoso Marte. (*Numancia*.)» No menos detestaba á los soldados crueles. «Nunca dice bien la crueldad con la valentía, exclamaba. (*Española inglesa*.)» Esta sentencia,

tan humanitaria como filosófica, contrastaba entonces extraordinariamente con las matanzas que se hacían en los campos de batalla, exterminando muchas veces a los vencidos que no ofrecían esperanzas de rescate, degollando a los heridos, y haciendo sufrir al paisanaje todas las barbaridades imaginables. Cervantes protestaba contra ello gritando que la crueldad es indigna del hombre valeroso.

Aunque muchas de sus obras se hallan salpicadas de pensamientos militares, ninguna nos permite conocer mejor su doctrina que la *Numancia*, y es lástima que se hayan perdido su *Batalla Naval* y la *Jerusalén*, que debían completarla. Nuestro héroe tenía en el mayor desprecio a los soldados fanfarrones. «El vano blasonar, decía, no es permitido al guerrero valeroso, honrado y fuerte. (*Numan.*)» Y a fin de que la misma sentencia abrazara a los pendencieros y duelistas, añadía: «El valor ha de mostrarse en los campos de batalla. (*Id.*)» En este particular sorprende que, como teórico, se levantase contra los lances singulares de un campo de batalla entre dos personas de los ejércitos que luchaban: costumbre bárbara y engorrosa de la edad media, que aun no había logrado extirparse del ejército, y que él mismo seguía por rutina insuperable. Pero sobre este punto mucho es que protestase contra su mismo defecto y el de otros, y que enseñase en sus discursos la buena doctrina. «En la guerra, exclamaba, es ley casi principal, anexa a toda razón, dejar los lances particulares por la causa general. El soldado dependiente de un general, no es suyo, sino del que lo manda. (*Gallardo Español y Numancia.*)»

Sin embargo, no se hacía ilusiones sobre la fortuna del soldado, ni sobre la guerra, pintando la vida de aquél como infelicitísima, bien que gloriosa y útil, y hablando de la guerra como de un conflicto horrendo que ofrecía poca carrera a los hombres. «El soldado, decía, es el pobre entre todos los pobres, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca; ó a lo que merodea con notable peligro de su vida y conciencia. A veces anda tan desnudo, que un colete acuchillado le sirve de uniforme y camisa, y ha de repararse de las inclemencias del invierno con el aliento de su propia boca, que como sale de su propio cuerpo, es tan frío como la atmósfera. Bien es verdad que llegada la noche podrá restaurarse durmiendo en el suelo, donde no hay cuidado que se le encojan las sábanas. (*Quijote.*)» Luego, para que la pintura fuese más eficaz, añadía: «Cuando el soldado está de centinela en alguna plaza sitiada, siente de repente que los enemigos minan la muralla bajo sus pies, y aunque se halla expuesto a hundirse en los abismos, ó a volar por las nubes, no puede huir, ni moverse de aquel sitio. Peor le sucede todavía cuando combate por mar, pues al hallarse con su galera enclavada con otra, ha de echarse dentro de ésta pasando los dos pies de tabla del espolón, entre las olas que están esperando un descuido de sus pies, y los cañones contrarios que le disparan á quemarropa. Pensar pues, terminaba diciendo, que el soldado puede llegar a la fortuna, casi es pensar en lo imposible, por ser infinitamente muchísimos menos los premiados, que los muertos. Es necesario salir bien de uno y otro reencuentro, y de una y otra batalla para medrar en algo; cuyo milagro se ve raras veces. (*Quij.*)» Empero creía que los hombres debían ser soldados, debían arrostrar todos aquellos trabajos, debían concurrir á aquellos y otros peligros, porque sobre el miserable egoísmo, sobre los cálculos de bajas comodidades, sobre el anhelo de opulenta prosperidad, había algo superior: había la libertad de la propia conciencia, había la libertad de la propia nación, había la existencia del propio hogar doméstico; y que quien los defendía, se cubría de gloria, aunque muriese desastrosamente en un campo de batalla, ó miserablemente en un muladar. «Los hombres, exclamaba, tienen el deber de servir con las armas á su rey en la guerra justa, á la patria cuando está en peligro, y sobre todo á la fe católica, cuando lo necesita. (*Id.*)» Pero al mismo tiempo daba buenas instrucciones para sobrelevar las fatigas morales y físicas de la profesión. «El que vaya á la guerra, decía, aparte su imaginación de los sucesos adversos; que el peor de todos es la muerte; y como ésta sea breve, el mejor de todos es morir. Preguntáronle á Julio César cuál era la mejor muerte; y respondió que la impensada; y aunque respondió como pagano, dijo bien para ahorrarse del sentimiento humano; que aunque nos maten en la primera refriega, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra. (*Id.*)» Finalmente, discurrendo sobre algunas eventualidades de la vida militar, decía también: «Si la vejez coge al militar en este honroso ejercicio, aunque sea pobre, lleno de heridas, estropeado y cojo, no le cogerá sin honra, y tal, que no podrá menoscabarla la miseria. (*Id.*)» Para comprender todo el peso de esta conclusión, es necesario acordarse de la grande importancia que tenía el honor en aquellos siglos.

Haciéndose cargo de la división que producía en los ejércitos contemporáneos la recluta que se practicaba, ó sea la mezcla de soldados pobres y plebeyos, de soldados nobles, y de soldados riquísimos con nobleza ó sin ella, pronunciaba esta sentencia digna de recordarse perpetuamente: «No cae en la mengua el soldado que confiesa ser pobre. El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra como un colegial con un manteo hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios. (*Guarda cuidadosa.*)» Así se comprende que amase, adorase, idolatrara la profesión; y que orgulloso de sus resultados generales, no se cansase de recordar á la nobleza de su tiempo el deber que tenía de seguirla y la gloria que daba. «El ejercicio de las armas, decía, aunque cuadra bien á todos, principalmente

asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre... Si la guerra, añadía hablando á nobles y plebeyos, es una madrastra de los cobardes, es madre de los valientes; y los premios que por ella se alcanzan pueden llamarse ultramundanos. (*Quij.*)» Este concepto le movía á ser muy indulgente con los defectillos de los veteranos, particularmente con las exageradas pretensiones galantes que solían tener; y así decía con una afable sonrisa irónica: «Es propio de todo soldado que sólo en los años ha envejecido, y que por haber dejado su tercio, no tiene un cuarto, imaginar que con su reputación de valor es capaz de conquistar á una reina, por esquivia que sea. (*Guarda cuidadosa.*)»

Aunque esta coleccioncita de ideas revela ya en Cervantes á un militar de mucha competencia, dista considerablemente de revelarnos toda su ciencia, porque es necesario pasar del importante capítulo del soldado al importantísimo del general, y del papel de la obediencia al del mando para vislumbrar lo que sabía, y lo que hubiera llegado á ser si realizado su plan de obtener el mando de una compañía, ó de un batallón, como diríamos hoy, hubiese tenido la suerte de no morir al principio de su carrera superior. Dotado de la acción más denodada, de los estudios que hemos visto, de los conocimientos que diremos, y de un talento militar genial, fuera sin la menor duda uno de los generales más ilustres de aquella época, como fué uno de sus más portentosos escritores. Cuando salió de Italia estaba preparado para subir á los puestos más elevados del ejército español; y poca práctica superior hubiera necesitado para escalarlos quien dominaba tan magistralmente la teoría.

Ya se tratase de organización, ya de disciplina, y de estrategia y táctica, ya del modo de preparar las operaciones, dejaba caer de sus labios una serie de pensamientos que no podían demostrar mejor sus grandes estudios en la materia, y el tino con que resolvía los más arduos problemas. Hablando de organización, decía: «No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios á los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece. (*Persiles.*)» He aquí una teoría que han confirmado los triunfos del ejército alemán contemporáneo, haciéndola aceptar por toda Europa. Cervantes enseñaba tres siglos atrás lo que ahora se comienza á creer y practicar. En materia de disciplina era también claro y terminante. Al soldado ya sabemos lo que le decía sobre ella, y ahora veremos cómo hablaba á los jefes. «Es necesario, decía, regir con duro freno á los ejércitos; porque si reducís un ejército á militar concierto, veréis que por pequeño que sea, reluce como claro sol, y alcanza la victoria. (*Numan.*)» Pero eso no le quitaba de la memoria la insuficiencia de aquella rígida disciplina cuando se dejan subsistir las injusticias y los compadrazgos. «La fuerza del ejército se acorta, exclamaba, cuando va sin el amparo de la justicia, aunque el ejército conste de mil brillantes tercios y de innumerables escuadrones. En la guerra es necesario para vencer al enemigo enmendar ante todo al amigo. (*Id.*)» No era, pues, disciplina tan sólo lo que Cervantes enseñaba para organizar bien á un ejército, sino también extirpación del favoritismo militar, pues sin esto no veía medio de dar cohesión á las tropas.

Luego en seguida, ocupándose del general, creía que, aunque el valor debía ser una de sus grandes cualidades, no bastaba, y que por sí solo hasta podía costar una catástrofe. «Es común opinión, decía, que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña á los turcos; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia; porque si en la Goleta y el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir contra tantos como eran los enemigos? (*Quij.*)»

LUIS CARRERAS

(Continuará)

CUENTO DE ULTRATUMBA

I

Conocí que iba á morir y sentí una alegría inmensa; el mundo no había producido para mí más que adelfas, la flor de la amargura.

Cesaron los dolores, cerré los ojos y gocé pensando en que ya era llegada la hora del no ser.

Una lluvia de lágrimas cayó sobre mi rostro, abrí los ojos; mi pobre madre no se resignaba á separarse de mí para siempre.

— «Madre, — dije, — es preciso, no llores por mí. El placer no es más que la ausencia del dolor. Voy á dejar de sufrir; al fin conoceré el placer.

— Hijo mío, tú eres sangre de mi sangre y alma de mi alma; yo no quiero, yo no quiero que mueras así. Hay un Dios.

La estreché entre mis brazos, y mientras ella sollozaba besando mi boca calenturienta y mis apagados ojos, yo sonreía por su fe y su credulidad inocente.

Después un suave y dulce deliquio se apoderó de mí; pasé de la vida á la muerte sin sacudidas violentas.

No sé cuánto tiempo transcurrió, y como quien despierta de un profundo letargo, renací á la vida de la inteligencia. Al principio todo fué para mí confuso. Era y existía sin ser yo; sin ser aquel hombre que había sido. Pensaba sin cerebro, veía sin ojos y sentía nueva y extraña vida.

Recordé mi perdido cuerpo; fuí dándome cuenta de mi nuevo estado y de repente apareció ante mí la estancia en la cual había dejado de existir.

Sobre aquel lecho en donde tantas veces había soñado con un porvenir de amor y gloria, yacía mi cadáver.

¡Cuán repulsivo y ridículo me encontré!

Aquella boca, cuna de tantos besos de amor mentido, hallábase horrorosamente contraída y con un gesto de ironía y asco.

Los labios un tiempo rojos, amaratados y casi negros.

Los ojos entreabiertos semejaban los de un besugo cocido.

Para evitar que colgase la mandíbula inferior, habíanme anudado un pañuelo negro como si me dolieran las nuélas.

Reconocí el traje con que me habían vestido; con aquella misma levita negra asistí no ha mucho tiempo á un baile de máscaras.

Las manos que sostuvieron la copa de champagne estrechaban un crucifijo.

Dióme risa verme. ¡Qué feo me encontré!

Aquel no era mi cuerpo; aquello era una levita y un pantalón rellenos de paja colocados en un ataúd y alumbrados por cuatro cirios.

No me pareció el espectáculo nada triste, sino soberanamente ridículo y repugnante.

¡Honrar así aquella podredumbre! Vuelva el polvo al polvo. Vaya al muladar la corrompida materia.

Sólo mi madre velaba junto á mi cadáver, ahuyentaba á las moscas que se paraban en mi cara como si pudieran molestarme.

Lloraba sin cesar y de vez en cuando besaba la frente que había sido mía.

¡Yo no supe amarte como debía!

¡Pobre madre!

II

A impulsos de no sé qué fuerza, me ví alejado de aquel lugar.

Me encontré en el espacio; lejos, muy lejos, veía la tierra. Mi vista alcanzaba á inmensas distancias de leguas. Por todas partes, mundos y mundos hasta el infinito.

Sin la ayuda del Diablo cojuelo veía todo cuanto pasaba en el interior de las casas del planeta que habité.

¡Cuántas miserias descubrí! ¡Cuánta villanía! ¡Cuánta infamia! ¡Qué contrastes tan horribles!

Junto á la risa, el llanto; la virtud defendiéndose en el arroyo, arrojada al fango; el vicio revolcándose entre sedas.

Quedé atónito ante aquel espectáculo.

Volví á sentir agudísimo dolor humano; ví á la mujer por quien había olvidado á mi madre en brazos de otro hombre á quien prodigaba ardientes caricias.

Los celos y la rabia me hicieron pensar en mi situación.

¿Qué iba á ser de mí? ¿Iría á encarnarme á otro mundo? ¿Estaría condenado á vagar eternamente por las llanuras del éter?

¡Cuán desgraciado me ví! Durante toda mi vida profesé teorías que creí ciertas como la luz del sol. Había negado la existencia del alma y veíame convertido en espíritu. ¿Existiría también el Dios negado por mí?

Pronto salí de dudas. Un espíritu semejante al mío apareció á mi lado; sin emitir sonido alguno se comunicó conmigo; penetraba en mí y sus pensamientos llegaban hasta los míos sin necesidad de signo alguno exterior.

— ¿Dudas? — me dijo.

— De todo, — repuse. — ¿Quién eres?

— El ángel á quien encargó Dios que te dirigiera en la tierra.

— ¡Dios! ¡Existe Dios y ángeles encargados de la guarda! ¡Existe algo que no es materia y fuerza! ¡Una inteligencia absoluta é infinita! ¡Un dispensador de bienes y de males que caprichosamente me arrojó al mundo á padecer y llorar! ¡El Dios de las venganzas?

— No. El de las supremas bondades.

— Que llevó su crueldad hasta el extremo de crearme tan imperfecto que no supe conocer la verdad absoluta. ¡Falso! ¡Imposible! Me engañas ó te engañas. La naturaleza entera será Dios; todo Dios; pero un Creador Supremo, un solo Dios superior, inteligente, que premia...

— Y castiga, — interrumpió el ángel. — Pronto te vencerás; arrepíentete y cree, aun es tiempo.

— ¡Arrepíenteme! ¿de qué? Llévame á su presencia, sólo así te creeré.

— Piénsalo bien, la fe puede salvarte.

— Vamos.

III

Caminábamos con más velocidad que la luz; subíamos, subíamos siempre.

Atravesamos la vía láctea y después millones de millones de leguas.

Los mundos quedaban allá abajo.

— Mira, — dijo el ángel, — ¿dudas ahora?

Ví á Dios.

— Creo, — repuse, — es verdad; pero no debía serlo.

La voz de Dios resonó en mí, haciéndome temblar.



LA NAVIDAD EN LA SOCIEDAD ANTIGUA, dibujo de Davidson Knowles

ORIGINE CANTIERE

10

10

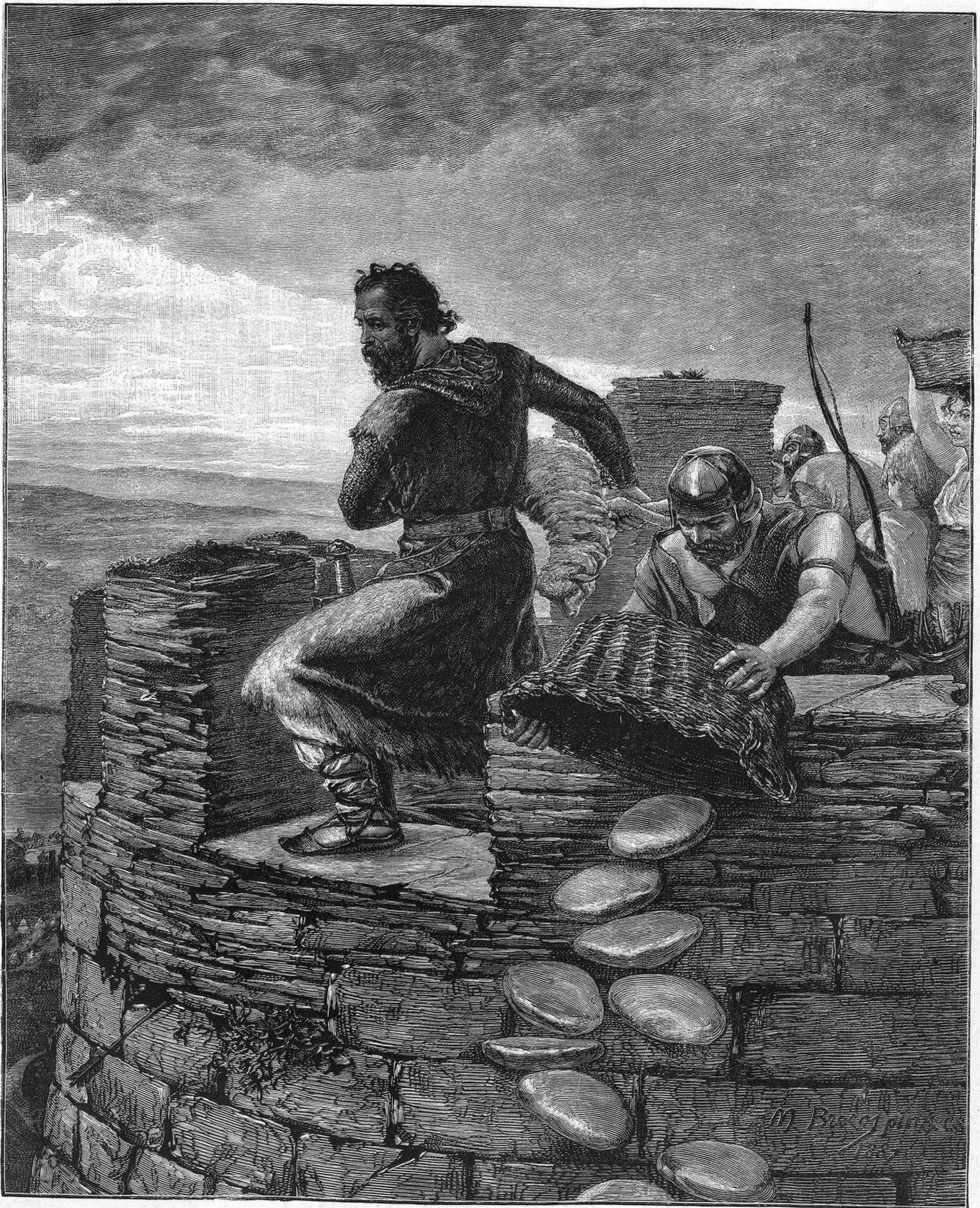
10

10

10



MADONA, CUADRO DE JORGE PAPERITZ



LA DEFENSA DE LUGO, cuadro de Modesto Brocos (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)



EN EL BAILE. — Despachándose á su gusto

Y dijo Dios:

— Conóceme y ámame: Yo te perdono.

— No he pecado.

— Me negaste, — tronó el Omnipotente.

— ¡Y cómo no, si me diste inteligencia capaz de negarte y no de comprenderte! Hiciérasme igual á Tí y al conocerme te conociera y adorándote me adorara.

Y dijo Dios: — El espíritu de Luzbel está contigo.

— De Luzbel, sí, de lo único grande que hiciste, puesto que se rebeló contra Tí. Igual á Tí ó nada, — dije; — con Luzbel quiero ir.

Y repuso Jehová: — Ni de él eres digno. Estarás entre el cielo y el infierno y padecerás la envidia. Envidia al que goza. Envidia también al que llora.

Y desapareció Dios y quedé solo.

Sentí las horribles torturas de la envidia. Sufrí por no gozar. Sufrí por no padecer.

Las almas que venían de los mundos, pasaban por mi lado y ni me compadecían; ninguna me miró siquiera.

Quería llorar, que también las almas lloran, y no podía. Los envidiosos no lloran.

Sufría siempre y sin esperanza, sin darme idea del tiempo de mis dolores.

Estaba en la eternidad, y allá no se tiene noción del tiempo.

Ví pasar almas de castos sacerdotes y de monjas, que caían en los reinos de Luzbel. Habían pecado con el pensamiento, más que algunas rameras con su cuerpo.

Ví pasar por las puertas de la mansión de Dios á muchas Magdalenas, perdonadas porque habían amado mucho.

El alma de un ladrón fué recibida con cantos de alegría. Había sufrido persecuciones de la justicia. Había robado para dar de comer á su madre hambrienta.

¡Bienaventurado seas! cantaban los ángeles.

Yo maldecía de Dios; el arrepentimiento huía de mí.

Hubiera querido llegar al trono del Altísimo, sentarme en él, ser omnipotente, ordenar que los mundos chocasen entre sí, destruir el universo y volver al reino de la nada.

IV

Pasó junto á mí un alma que hízome estremecer.

Aquella alma me miró, haciendo nacer en mí un pensamiento dulce.

¡Llegó junto á Dios gritando: — ¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Era mi madre.

— Ven á mí, — dijo Dios. — Tú me conociste y amaste.

— ¡Mi hijo! — repetía mi madre.

— Me negó, — dijo Dios.

— Pero no negó á su madre. ¿Dónde está? ¿dónde está?

Y replicó Dios: — Sufriendo su castigo.

— Perdónale, y sufra yo por él.

— No.

— Entonces, también yo te niego. La gloria sin él, no la quiero. Yo reniego de tí. Tú no eres el Dios bondadoso á quien yo adoré, puesto que me separas del hijo de mis entrañas.

Y dijo Dios: — Así creé yo á las madres.

Y resonó por los espacios la voz de Jehová diciendo:

— ¡Por la madre, perdono al hijo!

HISTORIA DE LOS SALONES

«Cada cosa en su tiempo...» dice con razón el refrán. Tras la primavera con sus flores viene el verano con sus rosas; en pos de éste osténtase el otoño con sus racimos y cierra el año el invierno con sus salones. ¡El salón! No hay idioma que no tenga consagrada su palabra á lo que hoy constituye una necesidad social, pero todos los pueblos han de reconocerse humildemente plagarios del francés en punto á salones en el sentido moderno de la palabra.

En los salones propiamente dichos, priva con exclusivo imperio el tono francés: hay quien ha dicho de ellos que son la copa de Champagne en que espumea la sociedad francesa más refinada; el emperador Maximiliano I ha definido á los franceses del siguiente modo: «cantan más alto de lo que el papel marca, leen lo que no está escrito y hablan y dicen lo que distan mucho de sentir.» ¡Librenos Dios de aceptar incondicionalmente este juicio! Conste solamente que así pensaba «el último caballero» respecto de «la nación más hidalga.»

Los salones parisienses del tiempo de los enciclopedistas formaron época en los fastos de la civilización y fueron considerados por toda Europa como escuela de ilustración y de buen gusto: *bureaux d'esprit* se les llamaba y á fe que título más adecuado no podía darse á

aquellas brillantes reuniones á las que van unidos nombres tan egregios como los de Montesquieu, Bolingbroke, Holbay, Helvetius, Diderot, Voltaire y tantos otros asistentes á los salones de las Tencin, Geoffrin, du Deffand y l'Espinasse á hacer verdadero derroche de gracia y de talento.

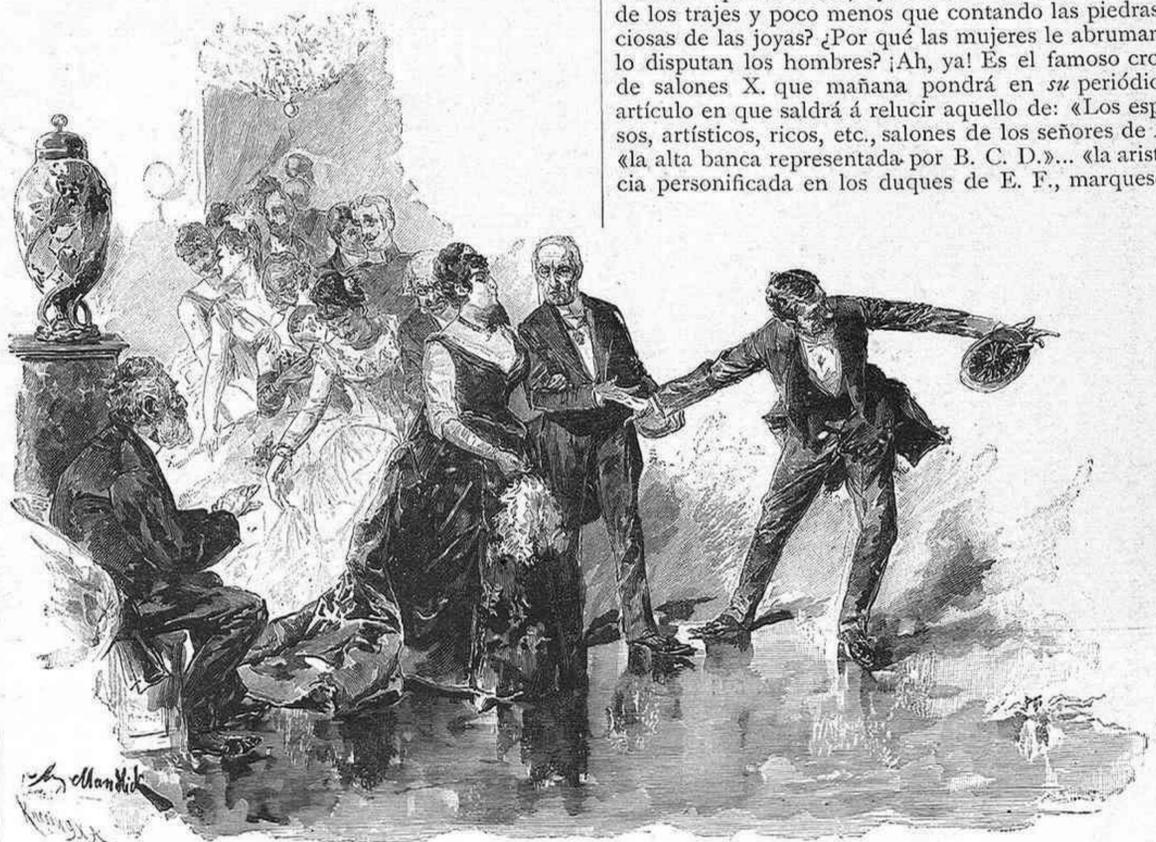
Pero *tempora mutantur et nos mutamur in illis*. ¡Cuán cambiado se halla actualmente todo esto! Los salones, antes privilegio exclusivo de altas clases sociales, están hoy al alcance de todos: la aldea más humilde pretende ser un pequeño París y no hay quien no se crea obligado á «tener el honor» de concurrir á los salones de los demás y á «honrarse» recibiendo á los demás en los suyos. ¡Pobres salones! ¿Quién se divierte en ellos? ¿El dueño de la casa que, al cerrar la puerta tras el último de los convidados, exclama: gracias á Dios que se acabó? ¿Los convidados que apenas pueden ocultar los bostezos de fastidio con las usuales frases de cumplido? Nadie puede equivocarse respecto del juicio ajeno que pueda formarse sobre este punto, porque el que hoy invita, mañana es invitado y viceversa.

El salón ha perdido ya el carácter que debió ser en todos tiempos su ideal, es decir, la vida de familia extendida á un pequeño círculo de amigos. Hoy con razón se ha dicho que el que recibe no conoce á la mitad de sus invitados y que la otra mitad no le conoce á él. ¡Qué importa! Todo el que ha sabido hacerse un nombre recibe su invitación y con ella el derecho de ser colaborador anónimo de ese cien-pies en donde las anécdotas picarescas, las murmuraciones, la crónica escandalosa, las noticias políticas, las de *sport*, etc., etc., aparecen revueltamente confundidas en forma, ora de aforismos, ora de diálogos, ya en tono sentencioso, ya en forma de *bon mot*. ¡Y no hablemos de los salones en que se hace música! Para mi mayor enemigo no quisiera el tormento de oír *ejecutar* en el piano á las soñadoras con Chopin, á las falsificadas discípulas de Litz, á las sacerdotisas wagnerianas de similar. ¿Qué monstruo será este que vomita la música de los salones? ¿Quién puede soportar el ruido estrepitoso é infernal de muchas pretendidas artistas?

Por fortuna ya no inspiran interés los salones en donde se rinde exclusivamente culto á la música y á la poesía. El salón de hoy es para todo y aun para todos, y el hombre moderno, aceptándolo como un mal necesario, sostiene en él una verdadera lucha por la existencia: la variedad, sin embargo, en nada ha disminuído el aburrimiento.

Y si de los salones de medio pelo nos trasladamos á los grandes salones, ¿qué veremos? Subamos una de estas marmóreas escaleras cubiertas de ricos tapices y adornadas con profusión de flores y plantas las más variadas; apenas llegados al vestíbulo cuyas paredes desaparecen debajo de colosales espejos, mil manos os arrebatarán vuestros abrigos que irán á perderse en aquel *mare magnum* impropriadamente llamado *guardarropía*. ¡Ya hemos entrado! Centenares de luces envían sus rayos á aquel torrente de carne humana en donde entre apreturas y pisotones se estrujan las más elegantes *toilettes*, los más resplandecientes uniformes, las más preciadas condecoraciones, arrastradas por la corriente hasta la habitación en que los señores de la casa hacen los honores de la *idem*. ¡Ya hemos cumplido como personas de buen tono y de educación esmerada, ya hemos dicho la frase galante que no ha sido escuchada, ya hemos sido honrados con el afectuoso saludo nada estimado por lo mismo que á todos se prodiga! Recorramos los salones.

¿Quién es aquel ente cuyas impertinentes miradas se posan al través de los cristales de sus espejuelos sobre la multitud que le rodea, fijándose en los menores detalles de los trajes y poco menos que contando las piedras preciosas de las joyas? ¿Por qué las mujeres le abrumán y se lo disputan los hombres? ¡Ah, ya! Es el famoso cronista de salones X. que mañana pondrá en su periódico un artículo en que saldrá á relucir aquello de: «Los espaciosos, artísticos, ricos, etc., salones de los señores de A.»... «la alta banca representada por B. C. D.»... «la aristocracia personificada en los duques de E. F., marqueses de



RICARDO REVENGA



G. H., condes de I. J.» etc., etc., «las magníficas, vaporosas, ideales toilettes de las señoras de K. L. M..... y de las señoritas de N. O. P.» y así sucesivamente hasta agotar el alfabeto. Con esto y con deshacerse en elogios de la esplendidez del *buffet* y con ensalzar hasta las nubes la galantería y exquisito gusto de los señores de la casa, que tan gratas han hecho las horas allí pasadas, habrá cumplido con su misión sagrada.

¡El *buffet*! He aquí el elemento indispensable, primordial de los salones. La sociedad moderna le debe la creación de un tipo especialísimo, el de saltador de *buffet*. ¿Hemos de describirle? Lo creemos ocioso. ¿Quién no le conoce? Y ¿qué diremos del merodeador, de la hiena de *buffet*, del rezagado que procura escoger de entre lo que queda lo que más se acomoda á sus gustos? miradlo: acaba de perder diez pesetas en una mesa de juego y se propone indemnizarse tragando sin compasión lo que su estómago es capaz de resistir y mucho más.



¿Descenderemos á más detalles? ¿Para qué hablar del bienaventurado padre que sumido en profundo sueño deja á su hija abandonada á un cortejo que si se lleva la mano al corazón, no lleva el corazón en la mano? ¿A qué de los jugadores empedernidos para quienes todos los salones se compendian en el del tapete verde? ¿Para qué mentar el bullicioso *cotillón*, en donde pierden su formalidad hasta los mismos que el mundo califica de hombres graves? ¿Para qué sacar á cuento al desengañado y hastiado gomoso que en el fumadero envía al cielo espirales de humo no tan densas como los humos de que tiene llena la cabeza?

¡Basta ya! ¡Salgamos de una vez de este infierno! cosa más fácil de decir que de realizar: toda la presteza desplegada para despojarle á uno de sus *prendas* se convierte en tardanza al devolvérselas. He aquí el abrigo. ¡Pobrecito! con otra campaña como ésta entrará en la categoría de los jubilados forzosos. ¡El coche! Sí, sabe Dios dónde pára: esperemos turno. ¡Y hace un frío! Hélo aquí, por fin. ¡Loado sea Dios que llevo á casa! Milagro será que una pulmonía no corone dignamente la fiesta de la apertura de los salones!

Tomado de *El Universum*.

EL COCHE

¡Pobre Mercedes!
Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz, — me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia, — no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los diez y ocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú... ella de Aragón y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de ingenieros que volvía de Puerto-Rico después de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que en los vapores de López no son escasas, y como, á pesar de hallarnos en el rigor del invierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para este último que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro después que su madre la señora condesa del Molino.

La primera tarde que la ví en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quien preguntar; no conocía á nadie....

Por la noche la volví á ver en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo mismo no, porque yo tenía ya mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad sin duda parecida á la mía.

Para la tarde siguiente ya había hecho yo conocimiento con un capitán de artillería amigo de mi cuñado, que había estado á verle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

— ¿Quién es esa joven delgadita que acaba V. de saludar? — le pregunté.
— Mercedes Medina, — me contestó; — una señorita de Aragón que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á V.?

— Pchs... No me parece mal.

— Es guapilla, pero creo debe tener poco fuste. Ya verá V.: si la mira V. un poco, si conoce que tiene V. interés por ella, en seguida preguntará si es V. rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención un poco cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella la faltó tiempo para preguntarme si era rico, y se lo preguntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya después con otros varios: apenas cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el conde del Molino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo... Ella misma dicen que ha dicho que no se resigna á no andar en coche....

— ¿Crees tú que estas noticias del capitán — continuaba diciéndome Agustín, — me retrajeron ni me entibieron lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de hablar á Mercedes y de tratarla. Me figuré que el capitán hablaba por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego, y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre.

Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que

iría yo al lado de aquella mujer, que había desdeñado... para mí era esto ya como artículo de fe, que había desdeñado á todos los que antes de llegar yo se habían dirigido á ella.

Y además era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que, por lo que he visto después, no era más que aire. También he sabido después, que preguntó de mí, como de los demás, si era rico, pero la persona á quien preguntó, otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que cuando mis hermanos trataron de abandonar á Cádiz, repuesto ya mi cuñado completamente, conociendo mi hermana cuánto me contrariaba la partida me dijo, como por decir algo, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...» y en el acto la cogí por la palabra y dije: «Sí, me quedo: ya no os hago falta, me quedo unos días...»

Al principio de la cuaresma, que era á la vez el principio del mes de marzo, se me despidieron una noche ella y su padre para Madrid, y naturalmente yo me vine también á Madrid en el mismo tren que ellos. Al despedirnos en la estación de Atocha, su padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5 duplicado.

— Que le veamos á V. por allí, Viana; no nos olvide usted, — añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro: no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero fuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable y para mí lo fué siempre sobre manera, como que á los tres días me pagó la visita.

Su hija no creerías lo franca y cariñosa que estubo conmigo; sólo te diré que rodando la conversación halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana á eso de las once y media cuando salíamos de San Martín, á donde solemos ir todos los días á Misa de once...»

Al día siguiente fuí yo también á Misa á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho; salí cuando ellos, les dí agua bendita y los acompañé á dar una vuelta por las calles, todo lo cual quedó erigido en costumbre diaria. Si vieras... ¡Me iba yo dando un tono al lado de Mercedes!

Así las cosas, ya ves que no podían ir mejor, ¿eh? así las cosas, estuve algo enfermo unos días, no pude ir á Misa, y la primera tarde que salí de casa emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona. ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcón con un militar! ¿Sabes quién era? le debes conocer... un comandante de infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete...

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente ya fuí á Misa, y al salir lo primero que ví fué al comandante arrimado á la botica de Porta-Coeli. Se conoce que le había dado ella la noticia como á mí, pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversación con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observación de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza y viéndola de casualidad en el balcón se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad que al pronto la creí; pero después... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes á observar, y observé yo mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle. Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve quince días retraído.

A los quince días recibí la invitación para un baile en casa de los condes del Haya. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intención fué no ir. Era lo que debía hacer y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte tenía tanta curiosidad de verla... yo lo llamo pudorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes... tenía tanta curiosidad de verla... estaría tan mona... ¿Y á mí qué me importaba ya?... El caso era que también... dejar de ir sólo por ella... ¿No podía ir y no hacerla caso?... Pues claro; es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo friamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

No se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demás todo salió al revés.

Al entrar en el salón, lo primero que ví fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo después del de ésta tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas:

— ¿Qué es de V.? ¿por dónde anda V.? ¿dónde se mete V.?... — Y sin darme tiempo de contestárselas continuó diciendo: — Supongo que seguirá V. en su grave costumbre de no bailar más que rigodones como en Cádiz... yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algún rigodón ya bailaré... — Si V. quiere hacerme el obsequio de bailar uno conmigo... — me creí obligado á decirle.

— Con mucho gusto, — me contestó. — ¿Quiere V. el primero?

— Bien, el primero, muchísimas gracias, — la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco después el piano hizo señal de comenzar un rigodón, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocionado, pero firmemente decidido á no pedirla explicaciones



figuré que el capitán hablaba por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego, y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre.

Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que

de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á estar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?... No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gracia, asegurando que me alejaba porque así lo creería conveniente, que lo del comandante Soria no podía ser más que una disculpa, puesto que no había nada, nunca había habido nada, pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos: — Ya ve V. cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted...

El caso es que la fui creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando al terminar la penúltima figura del rigodón, me acuerdo bien, hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salón, y en el espejo de enfrente ví al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído también. Todo cambió en mi alma: la satisfacción se tornó disgusto: se acabó el rigodón, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fui hacia las mesas del tresillo jurando en mi interior no volver á acordarme de ella.

Ya supondrás que rompí el juramento, pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche... Y eso que después de lo que te he dicho la ví bailar un rigodón con Soria y tener con él conversación muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres? Me estuve viendo jugar al tresillo y viendo desde allí desfilarse la gente. Hacía cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras á quien acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquel á despedirse de su tío el marqués de Tapia, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano después de haber hecho ademán de dármele:

— ¡Ah! V. se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo al bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, y que una mujer no tiene más remedio que estar amable con todo el mundo, y que ya veía cómo Soria no había esperado; y, en fin, acabó por convencerme.

Tres meses después se marchó á Aragón, citándome para el mes de agosto en San Sebastián.

Tardó en llegar el mes de agosto, á lo menos á mí se me figuró que tardaba, pero llegó al fin, y llegué yo una tarde al oscurecer á la capital de Guipúzcoa. En cuanto comí me fui al boulevard seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto. Recibíome con un grito de júbilo. — ¡Ay, Viana! Papá, mira Viana. — Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde siguiente fui á visitarlos y ¿qué dirás que ví al llegar á la esquina de la calle? Pues ví á Mercedes hablando desde el balcón con un caballero que estaba en el balcón de al lado. Después supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado exprofeso la casa contigua. Estuve un rato en observación y el coloquio seguía muy animado. A otra tarde volví y se estaba repitiendo la escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú. Pues no acabamos todavía. Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La ví en el invierno siguiente acompañada del marino, por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el comandante Soria y muchas tardes la ví sentada entre él y su padre en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y todo el invierno estuvo en relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo, que estuvo en puerta para Director general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Covarrubias, excelente muchacho pasante de Sánchez de Embite, y á quien éste dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades todavía fui su novio?

La encontré una tarde en el Retiro. Yo pensaba hacerme el distraído y no mirarla, pero al pasar me dijo con



CAMPESINA NAPOLITANA, dibujo de E. Balbono

tono muy cariñoso: — «Adiós, Viana,» — y después que pasó se volvió á mirarme...

Y el caso es que entonces llegó á ir la cosa bien: estuvo más de medio año muy formal sin darme ni un disgusto.

Pero quiso mi mala estrella que viniera por ahí echándose las de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damián Pérez, sobrino de Braulio Pérez el opulento comprador de bienes eclesiásticos, nada más que sobrino. El se dió por hijo y se hizo presentar á Mercedes en la tertulia de las de Herrero, haciéndose preceder de una gran fama de riqueza. — Figúrate, — le decían á Mercedes las de la casa la noche que se le anunciaron, — figúrate si será rico, cuando á su padre de apodo le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar seria conmigo y concluyó por no hacerme caso.

Creía haber encontrado el coche y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

— Que luego no resultaría rico, — le interrumpí.

— Claro que no. Los veinte mil duros se redujeron á diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres que son unos labradores modestos y muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

— De suerte que el coche....

— Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes! Por ahí la suelo encontrar sola, y me da lástima. Además de no tener coche, puede decirse que no tiene marido tampoco, porque el de Miguelturra es un perdido que no la hace caso.

ANTONIO DE VALBUENA

NOTICIAS VARIAS

LOS LIBROS EN FRANCIA. — Según documentos que tenemos á la vista, el estado de las bibliotecas de la nación vecina en el año 1818, era el siguiente:

El número de volúmenes que en ellas se guardaban sólo era de cuatro millones, distribuidos como á conti-

nuación se expresa: París, 6 ó 700000; Aix, 72 000; Angulema, 10 000; Ajaccio, 13 000; Angérs, 22 200; Amiéns, 40 000; Albi, 10 000; Agen, 10 000; Arras, 33 000; Aviñón, 26 000; Besanzón, 53 000; Blois, 17 000; Boulogne, 16 000; Burdeos, 100 000; Chartres, 24 000; Cahors, 10 000; Chaumont, 24 000; Carpentras, 18 000; Dijón, 36 000; Grenoble, 42 000; La Rochela, 16 000; Laón, 12 000; Lyon, 106 000; Marsella, 30 000; Moulins, 18 000; Mezières, 21 000; Metz, 31 000; Meaux, 11 000; Nantes, 22 000; Nancy, 22 000; Niort, 13 000; Orleans, 25 000; Perigueux, 10 000; Pau, 14 000; Perpignan, 12 000; Poitiers, 13 000; Rennes, 14 000; Reims, 24 000; Rouen, 23 000; Saintes, 24 000; Soissons, 17 000; Saint Brienne, 23 000; Estrasburgo, 30 000; Troyes, 60 000, y Tours, 30 000.

El número de volúmenes que cuentan en el día las bibliotecas de París excede de 2 200 000, y se ha calculado que la longitud total de los anaqueles en que se hallan colocados los libros es de 34 kilómetros.

En Asunción, provincia de Quebec (Canadá — América del Norte), se ha celebrado poco há una fiesta que no tiene precedente alguno en la historia.

Habiendo invitado el párroco de dicha población á sus feligreses que hubieran llegado al quincuagésimo año de casamiento para que se reunieran todos con el fin de celebrar con más solemnidad el aniversario de sus bodas, vióse llegar á la parroquia en cierto día lluvioso veinte parejas de ancianos, con el rostro radiante de júbilo, rodeados de un gran número de hijos, nietos, parientes y amigos con objeto de renovar al pie de los altares los juramentos que se habían hecho mucho tiempo atrás.

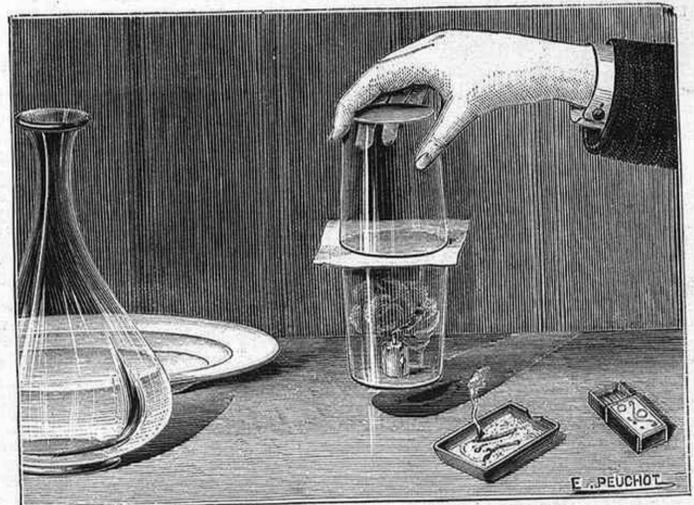
Entre los que figuraron en tan solemne como peregrino acto son dignos de mención Antonio Lajoie, de 91 años y antiguo militar, que llevaba 70 años de casamiento con Mariana Jansonne, de 87 años, á los que regaló el Ayuntamiento una medalla de plata.

(Del París Canadá.)

FISICA SIN APARATOS

LOS HEMISFERIOS DE MAGDEBURGO

Se toman dos vasos de cristal de un mismo tamaño, cuidando de que se adhieran uno contra otro al poner sus bordes en contacto. Después se enciende un cabo de bujía en el fondo del vaso que se apoya en la mesa, cubriéndolo con un pedazo de papel algo grueso, empapado en agua, y luego se coloca la mano encima del segundo vaso, como lo indica el grabado. La adherencia entre los dos vasos separados solamente por el papel debe ser completa. El cabo de bujía se apaga, pero antes la llama ha dilatado el aire contenido en el vaso inferior, produciendo su rarefacción. La presión atmosférica exterior mantiene



Experimento de los hemisferios de Magdeburgo hecho con dos vasos

los dos vasos unidos entre sí, como en el experimento clásico de los hemisferios de Magdeburgo. Se puede voltear el vaso inferior sin que el superior se desprege. A veces el papel se rompe, pero el experimento produce buen resultado si se practica convenientemente.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN